

## «Juventud y Vida Religiosa»

Los anuncios de TV operan muy calculadamente con la sugestión de asociar a una marca de perfume o a una colonia un mundo de ensueño que conecta con nuestros deseos íntimos<sup>1</sup>. Deseos que todos llevamos dentro—también los eclesiásticos, religiosos y religiosas—de ser bellos, atractivos, subyugadores, irresistibles. Su mensaje no se centra en una descripción detallada de las bondades del producto, sino que evoca y sugiere la identidad, el escenario social y el mundo al que dicho perfume transporta. Así, se habla a la fantasía y al deseo, no a la lógica o a la razón. Estas ofertas de éxito, de felicidad, de identidad y de prestigio social provocan resonancia y empatía.

Pues bien, de esta forma de publicidad por todos conocida me gustaría extraer dos conclusiones para situarnos en nuestro tema. En primer lugar, el tipo de discurso es simbólico, no racional (no se trata de ideas o conceptos dirigidos a la mente, sino al corazón). Tampoco se trata de un lenguaje ético ni, mucho menos, moralizante (no presenta un código de normas de comportamiento). En segundo lugar, no se apela prioritariamente a razones, sino a deseos, a la fantasía y a la imaginación. El mundo evocado por el producto es más importante que el producto mismo en sí. Éste aparece como un mediador para entrar en esta esfera de vivencias y de identidades más profundas, más amplias. Salvando las distancias, sugiero que el discurso religioso con el que acercarnos a los jóvenes, o presentar entre ellos nuestro modo de vida, debería igualmente ser predominantemente simbólico y dirigido a la fantasía y al deseo. Negativamente, estimo que un lenguaje preponderantemente racional, lógico y/o ético resulta, de entrada, menos cautivador y más desencaminado<sup>2</sup>. Más radicalmente, y dicho de manera un tanto brusca: el problema de la abundancia (o escasez) de vocaciones a la Vida Religiosa finalmente estriba en que nosotros mismos seamos (o no seamos) y nuestras comunidades y obras sean (o no sean) lenguaje simbólico que hable a los deseos y a la fantasía de los jóvenes. En una palabra, que seamos «fragancia de Cristo», en formulación de san Pablo (cf. 2 Cor 2,15). Parafraseando al autor del Cantar, todo se juega en que nuestro «perfume» sea grato al olfato de los jóvenes. ¿Se trata acaso de perder nuestra identidad, de decirles lo que quieren oír y de “diluirl” lo que somos, buscando las modas, “lo que se lleva”, tratando de

---

<sup>1</sup> X.QUINZÁ, La cultura del deseo y la seducción de Dios (Cuadernos FyS, 24), Sal Terrae, Santander 1993.

<sup>2</sup> J. MARTINEZ CORTÉS, ¿Qué hacemos con los jóvenes? (Juventud/sociedad/religión)(Cuadernos FyS 5), Sal Terrae, Santander 19892, pp. 45S.

caer bien para ser aceptados, aun a costa de ocultar o negar todo rastro de exigencia? Todo lo contrario. Precisamente se trata de ser auténticos y, por tanto, de apuntar a lo esencial.

## **1. Confesión inicial. Partimos de las siguientes convicciones.**

a) El Dueño de la mies quiere servirse de la Vida Religiosa para alentar y fortalecer la vida de su Iglesia. La vida religiosa, en cualquiera de sus manifestaciones o concreciones, no puede estar desvinculada del “tronco” de la Iglesia. Es decir, no tiene sentido en sí misma, sino desde la referencia eclesial.

b) El Espíritu sigue activo, mueve los corazones y habla a los jóvenes. Los jóvenes de hoy no son irreligiosos<sup>3</sup>, y generosidad no les falta. Baste con pensar, para lo segundo, en el eco que despiertan las conductas y los compromisos ecológicos, de los que no se obtiene ni un beneficio personal ni inmediato.

Más que falta de generosidad escasean los canales concretos para encauzarla, especialmente para dar respuesta a necesidades nuevas y desatendidas.

c) La vocación a la Vida Religiosa puede y debe llenar efectivamente de gozo y de alegría la vida de un joven. Si no es así, es que la oferta es falsa (no puede ser un camino de tristeza y frustración) o que nosotros hemos traicionado su esencia presentando un rostro que no es.

d) La Vida Religiosa tiene futuro si logramos articular bien tres elementos: 1. Una relación personal, intensa y gozosa con Dios, junto con la capacidad de ser transmisores del encuentro con Dios. 2. Una vida que no sea ajena a los dolores del mundo, descubra la presencia del Dios de la esperanza y el consuelo. 3. Un estilo de vida sencillo y fraternal, que sea una alternativa al consumo y la competencia avasalladora que genera la sociedad.

## **2. Pliego de descargo.**

Sin embargo, no todos los factores que inciden negativamente sobre las vocaciones son achacables a los religiosos ni se remontan a sus fallos. Nos limitamos a enumerar algunos de ellos.

a) No cabe duda de que la opción celibataria carece de sustento y de aprecio social, incluso en círculos creyentes. El voto de castidad resulta

---

<sup>3</sup> J. MARTINEZ CORTÉS, op. cit., p. 15.

francamente desmesurado e incomprensible. Basta ver cómo se ridiculiza o cómo se niega que sea bueno e incluso humano.

b) Tampoco parecen evidentes ni fáciles de mantener los compromisos definitivos: ligarse a un modo de vida, a unas personas y a una institución de por vida. Parece que es coartar la libertad, cerrar puertas, no admitir otras posibilidades.

c) El número de hijos por familia ha disminuido notablemente. El clima religioso dentro de las familias de tradición católica ha reducido su intensidad en amplios sectores sociales. Lo cristiano (lo católico) no “se lleva”, no está bien visto. Es algo pasado, trasnochado, “que no vende”.

d) La imagen de la Iglesia que reflejan los medios de comunicación social suele ser más bien negativa, particularmente cuando se refieren a la institución eclesial o a sus representantes oficiales. Frecuentemente aparece como una institución retrógrada, autoritaria y sexualmente represiva.

e) Las Iglesias institucionales no se benefician de un cierto resurgir ambiental de lo religioso (tipo new age). El lema parece ser: «como mucho, religión sí; en todo caso Iglesia no».

f) Ante una cierta moda teórica de lo solidario, las razones humanitarias aparecen espontáneamente como válidas y ejemplares, mientras que las estrictamente religiosas siguen siendo opacas e impenetrables para la mayoría. Y, cuanto menos, innecesarias. No hace falta la religión para ser bueno y hacer el bien.

g) La Vida Religiosa o el sacerdocio ya no son tras el Vaticano II las únicas posibilidades de vivencia radical de la fe.

La mayoría de estos factores escapan a nuestro control.

### **3. «Somos, en honor de Dios, fragancia de Cristo» (2Co. 2,15).**

Cuando discutimos acerca del problema de las vocaciones, se suele mencionar la conveniencia de una propaganda más adecuada o, de una presentación más atractiva del carisma de la orden. Ciertamente, algo de ello será necesario (cf. Rm 10,14), pero no reside ahí la cuestión. El asunto está en si vivimos el carisma de forma fiel, auténtica, verdadera, manteniendo una clara identidad y, al mismo tiempo, también sabemos vivirlo de una forma adaptada, atractiva, visible, comprensible y asimilable.

Es decir, si a través del don del carisma de nuestra Orden podemos exclamar en verdad con san Pablo.

«Pero gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo, y en todo lugar pone de manifiesto por nosotros el olor de su conocimiento. Porque somos, en honor de Dios, fragancia de Cristo...» (2 Cor 2,14-15a).

En el lenguaje cotidiano manejamos el conocimiento por olor. Entendemos perfectamente frases del estilo: «algo huele a podrido en algunos sectores de la clase política». Los empresarios huelen el negocio. Igualmente, hemos conocido y visitado comunidades y familias con un aire cautivador por su frescura evangélica, su sencillez, su hospitalidad, la radicalidad de su compromiso; es decir, por su fragancia. Así, puede decir Amós: «Yo aborrezco, desprecio vuestras fiestas, no resisto el olor de vuestras asambleas» (Am.5.21).

Me interesa proponer la metáfora manejada por Pablo. Se está refiriendo a su ministerio apostólico y a sí mismo, empleando para ello el plural mayestático: «somos».

Si somos fragancia de Cristo, se debe primero a Dios. No es obra nuestra; no se explica por nuestras fuerzas ni se reduce a nuestra pericia. Tampoco es el resultado escueto de nuestro heroísmo ni de nuestro compromiso.

Si somos fragancia de Cristo, es porque él primero nos ha vencido y humillado; por Cristo se han deshecho nuestros planes y cálculos; por Cristo hemos pasado por el escarnio y el hazmerreír; por Cristo hemos optado por ser eunucos por el Reino de los cielos (cf. Mt 19,12) y por la desposesión. Sólo por Cristo, sólo por él, desde él y con él. Por Cristo encarnamos ya ahora el carácter escatológico (definitivo) del Reino; por Cristo somos incapaces de compaginar la pasión por Dios y su Reino con cualquier otra cosa buena y santa; por Cristo somos ofrenda exclusiva para Dios en favor de su pueblo.

Si somos fragancia de Cristo, entonces Dios nos ha convertido, por el honor de su Nombre, en instrumento de su gracia y de su salvación. Hemos sido constituidos en mediación, sacramento, signo. En un instrumento por el que Dios actúa siempre y en todas partes. En una mediación para manifestarse Él mismo y darse a conocer. El que se acerque a nosotros, religiosos, entrará en contacto con la fragancia del conocimiento de Dios». Quien visite nuestras comunidades, nuestras instituciones, habrá de percibir las esencias de este perfume. Un “algo”, enormemente atractivo

que no se identifica con las obras, los trabajos, los discursos, los signos externos, las leyes, los modos, aunque esté presente en todos ellos.

No somos fragancia de Cristo si, habiendo sido cautivados por Él, mantenemos este elixir celosamente escondido en un hermoso frasco de alabastro, tapado y bien lacrado. Un tesoro guardado bajo siete llaves, que no se comunica, que no se ve, que no se comparte, que no se transmite. Que no se vive, sino que sólo se custodia.

No somos fragancia de Cristo si tenemos que explicar con palabras altisonantes y huecas que estamos entregando la vida por Jesús Mesías y su evangelio, sin que esto se capte de forma no verbal, por simple ósmosis. Cuando tenemos que explicar lo evidente, lo que debe percibirse sin palabras.

No somos fragancia de Cristo si hemos de justificar y acreditar con largas razones y discursos teológicos la bondad y la verdad de nuestro carisma, lo que significa ser agustinos. No somos fragancia de Cristo que se expande si el gesto de nuestra vida es una señal difusa, ambigua e indescifrable.

No somos fragancia de Cristo cuando al rezar por las vocaciones deseamos herederos; cuando al suplicar al Dueño de la mies que envíe obreros a su viña (Mt 9,38) estamos más preocupados por las fichas que necesitamos sustituir en nuestras comunidades, que movidos por la pena de ver tantas y tan diversas gentes necesitadas de consuelo y de guías que les orienten en el camino hacia el encuentro con el Padre de toda bondad. No somos fragancia de Cristo cuando pedimos a los jóvenes que pongan «todo su haber y su poseer» a la libre disposición y determinación de la Orden, y nosotros nos esforzamos en mantener todo atado y bien atado.

No somos fragancia de Cristo cuando el Espíritu ya no encuentra ninguna ranura, grieta u orificio por donde colarse en nuestros edificios, para ponerlos patas arriba y descabalar nuestro orden y nuestras previsiones sensatas. No somos fragancia de Cristo cuando hemos fortificado nuestras casas a prueba de vendavales y huracanes. Cuando nos da miedo el cambio, cuando vemos toda renovación como un peligro. Cuando sólo queremos subsistir. Cuando acallamos la voz de los profetas y silenciamos a los que presentan caminos nuevos. Cuando exigimos que no se nos moleste ni importune, cuando optamos por la tranquila decadencia, sin molestias, sin que se cuestione la falsedad y la mentira de nuestra vida. Cuando renunciamos a ser motores para convertirnos en meros gestores.

No somos fragancia de Cristo si de nuestros poros brota el agotamiento, el cansancio, el mal humor, la resignación y la muerte.

Somos fragancia de Cristo si el contacto con nosotros genera esperanza, alegría e ilusión.

Para que no quede todo en la abstracción, vamos a concretizar.

### **3.1. Peculiaridad, diferencia y expresión simbólica.**

Si nos parecemos demasiado a sus padres o apenas nos distinguimos de los «laicos comprometidos», no tendrá ningún sentido optar por la Vida Religiosa. ¿Para qué, si no se diferencia en nada?

Si las órdenes religiosas surgen en la Iglesia como un soplo renovador del Espíritu para atender a necesidades nuevas o desatendidas, la asimilación diocesana, el convertirnos en meros “párrocos”, meros “curas”, mina la fuerza profética de la Vida Religiosa. La parroquialización encubre la misión particular y propia del instituto. Tendrán más fácilmente futuro las congregaciones en las que prima el sentido de la propia misión, y lo sepan articular respondiendo a necesidades reales, críticas y desatendidas. Los que sepan estar en la frontera y ser frontera.

Los símbolos tienen un gran poder expresivo. Además, poseen la virtualidad de significar vivencias. Y no sólo significan experiencias pasadas, sino que también pueden generar y engendrar vivencias nuevas. Muchos religiosos hemos liquidado, después del Vaticano II, la simbología que nos hacía a primera vista socialmente identificables y diferentes: vestido (alzacuellos, hábito) y tipo de vivienda (convento). Muy posiblemente, era necesario para romper con un pasado en que aparecíamos marcados por una teología preconiliar. Indudablemente, el deseo de «encarnarse» quería derribar los muros de distancia que nos alejaban de las condiciones normales de la vida de nuestros contemporáneos. Posiblemente no haya que volver a lo anterior o a todo lo anterior, pero sí creo que debemos generar una nueva simbología social que exprese nuestra identidad. Otra cosa es cómo pueda concretarse. Que se sepa lo que somos, sin “segregarnos” en una casta. Que podamos ser identificados sin que esto suponga falsa ostentación de la diferencia ni exclusivismo que nos automargine y nos separe del mundo.

Primero, Jesús mismo en el evangelio realiza acciones simbólicas. Por ejemplo, la expulsión de los mercaderes del templo, el bautismo en el

Jordán, las comidas con los pecadores o la última cena. En nuestra vida no deberían faltar por completo las acciones simbólicas. Con ellas nos damos a conocer más que con palabras.

Segundo, los sacramentos ponen muy particularmente de manifiesto la importancia de los símbolos en el lenguaje y la experiencia religiosa. Los símbolos hablan a la fantasía y al deseo, sugieren significados no desglosables en palabras, llegan a niveles recónditos de la conciencia y arraigan muy en lo hondo de la manera de sentir la verdad de la vida.

No se trata de restaurar vestimentas o formas externas, pero sí de reflexionar sobre la necesidad de ser conocidos, de ser identificados, de ser signo. Y, si somos signo, debemos ser claramente percibidos.

### **3.2. Experiencia de Dios.**

Si Karl Rahner dijo en repetidas ocasiones, hace ya años: «el cristiano del futuro será un místico, o no será nada», hoy día podemos afirmar: o los cristianos de hoy ayudamos encontrarse con Dios, o no habrá cristianos mañana. De modo equivalente podemos decir: o los religiosos de hoy tenemos experiencia de Dios, o no habrá religiosos mañana. Sólo se dan vocaciones donde hay una experiencia fuerte y apasionada de Dios. Más sencillamente, el religioso es aquel que ayuda a la gente a encontrarse con Dios, a experimentar personalmente el misterio de Dios. Resulta chocante y alarmante nuestra incapacidad—y la de la Iglesia en su conjunto—para generar y transmitir experiencia religiosa originaria y fundante.

Comentaba un jesuita que en Guatemala, hace bastantes años, más de veinte, un padre más bien mayor decía que los evangélicos les ganarían la batalla a los católicos (en Guatemala). Los demás se reían de él y no le daban crédito. La mitad de la población guatemalteca, hoy, es evangélica.

¿Por qué este cambio? Porque los católicos, con frecuencia, no somos capaces de generar experiencia religiosa original y fundante. Eso cambia la vida. No así la instrucción catequética ni la amonestación moral. Cristo no es una idea ni un código moral, sino una persona viva. Y ser cristiano significa tener experiencia personal de Cristo.

### **3.3. Vida comunitaria.**

Somos fragancia de Cristo si la gente que se encuentra con nosotros se siente envuelta en un aroma de acogida, de fraternidad, de espontaneidad,

de simplicidad, de hospitalidad, de ternura, de aprecio sin adulación, de cariño. A pesar del individualismo de que hace gala nuestra sociedad, en todos está muy arraigada la necesidad de una pertenencia. Los jóvenes se asocian tribalmente, en grupos. El deseo de una vida comunitaria más intensa y auténtica es uno de los elementos más buscados por los candidatos que se interesan por la Vida Religiosa. Sin duda alguna, podemos ser signo contracultural atractivo.

De nuevo, el problema me parece más nuestro que de los jóvenes. ¿A cuántas de nuestras comunidades podemos invitar a un «prenovicio» o a un candidato para que confirme con los hechos su deseo de vivir en comunidad, acogido, siendo sostenido por los otros? ¿En cuántas de nuestras comunidades no reina un individualismo atroz, un respeto excesivo? ¿Cuántas de nuestras casas no están semiparalizadas en su dinámica comunitaria por heridas viejas sin cicatrizar del todo? ¿Cuántas decisiones personales tomamos sin filtro comunitario? ¿Cuánto tiempo perdemos con los hermanos de la comunidad escuchándoles «inútilmente», sin rendir apostólicamente? ¿Qué sacrificios hago gustoso por mi comunidad, porque triunfe una iniciativa común que yo no he propuesto?

### **3.4. Opción por los pobres.**

"Si las comunidades religiosas han de existir en este nuevo siglo, tendrán que comprometerse de forma clara y corporativa con las necesidades de los pobres" (Joan Chittister). Esto no es nuevo en la historia de la vida religiosa. Por el contrario, recuerda algo que le es consustancial. Jesús vino para salvar a todos, pero para que nadie quedara fuera del proyecto, optó de modo preferente por los pobres, los pecadores; en general, por los marginados de la sociedad. La vida religiosa en general continúa haciendo viva esta predilección de Jesús. Si nos apartamos de ella, claudicamos, perdemos credibilidad y dejamos de ser atrayentes y convocantes. Los pobres tienen que ser siempre criterio de discernimiento en nuestra misión. Y cuanto más lo sea, más poder de convocatoria tendrá. "Una congregación que no se abre a las nuevas pobrezas no tiene derecho a lamentarse de la crisis de vocaciones" (Amadeo Cencini).

Y también en esta zona, las nuevas realidades exigen creatividad y nuevas respuestas. No es lo más importante conservar la institución que tenemos, sino mantener vivo el fuego del carisma que nos hizo nacer, estar presentes por elección evangélica en las situaciones de dolor y miseria, prolongando allí el amor de Dios que no tiene fronteras ni ocaso.



El Hno. Álvaro Rodríguez, Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y Presidente de la Unión de Superiores Generales, afirma: "Las necesidades de los pobres son inmensas, los problemas de nuestros jóvenes cada vez más complejos, el diálogo ecuménico e interreligioso más necesario. Por eso, necesitamos crecer para dar vida, para responder a las nuevas pobrezas y a los problemas de hoy; necesitamos compartir nuestros carismas con nuestros asociados para que juntos podamos llegar más y mejor a los que nos necesitan. Una presencia solidaria nos debe estimular a una creatividad fecunda en iniciativas propias y en la colaboración en las iniciativas ajenas".

Nuestro voto de pobreza, hoy más que nunca, debería traducirse en una vivencia radical del estilo de vida pobre de Jesús. En un camino donde el consumismo y lo superfluo se dejan, donde se privilegia el compartir lo que se es y se tiene, donde se vive un proceso de cercanía a los pobres, comenzando en las casas de formación, donde se procura perder seguridades y donde se cultiva un paulatino abandono en la providencia de Dios. Donde no se nos ofrezca todo hecho; donde no nos convirtamos en pequeños burgueses. Donde no se nos dé dentro lo que, con frecuencia, no hubiéramos tenido fuera.

#### **4. «Buscad primero su Reino y su justicia» (Mt 6,33).**

Angustiarnos por la escasez de vocaciones puede ser muy paralizante y estéril. Además, esta angustia se percibe en seguida y repele las posibles vocaciones. Podemos llegar a esta conclusión:

«Si la Vida Religiosa ha de continuar siendo una fuerza vital en la Iglesia y el mundo, el estudio del futuro de las órdenes religiosas en Estados Unidos concluye que deben ocurrir cambios dramáticos en la mayoría de las congregaciones en los Estados Unidos. Fidelidad al espíritu del fundador y sensibilidad para necesidades críticas y desatendidas de las personas son cruciales para la pervivencia de la misión de las comunidades religiosas»<sup>4</sup>.

Parfraseando libremente una perícopa del sermón del Monte (Mt 6,25-34), podríamos decir: no os preocupéis primero de cuántos vais a ser, de cómo vais a mantener vuestros colegios, parroquias y misiones. De esto se preocupan los gentiles, los que no cuentan con la gracia de Dios. Vosotros buscad primero el Reino y su justicia. Sed fieles a mi llamada. Entregad vuestra vida ahora con coraje y aplomo. Compartid una misión que desgarre de entusiasmo vuestras entrañas; una misión y un entusiasmo

---

<sup>4</sup> D. NYGREN, M. UKERETIS, «Futura of Religious Orders in tille United States. Research Executive Summary»: Origins 22, núm. 15 (sept. 24, 1992), p. 270.

de los que broten manantiales de agua viva para mi pueblo y mi Iglesia. Atended a mi pueblo desamparado, perdido, angustiado, solo, enfermo, maltratado y alejado de mí. Acercadle a la fuente del consuelo, de la esperanza, de la Verdad y de la Vida. No os preocupéis del mañana, que el mañana se preocupará de sí mismo. Y no tengáis miedo.

Si vivimos así, si trabajamos según este estilo; mejor, si somos así de manera visible y articulada, sobre todo hacia el mundo juvenil, seremos lenguaje simbólico que hable a su necesidad ilusionadora y a sus sueños de entrega. Por la gracia del don vivificante del Espíritu, exhalaremos una fragancia que anime a otros a pronunciar, derrotados, conmovidos, arrebatados, entusiasmados y postrados junto con nosotros: «El alma se me ha salido en su seguimiento» (Cant. 5,6).

## **5. ¿Finiquitamos a la pastoral vocacional organizada?**

Queremos terminar diciendo alguna palabra al respecto. El haber puesto el énfasis en la calidad de la vida consagrada como el mejor argumento para que surjan y perseveren nuevas vocaciones, no significa que no haya que llamar y trabajar directamente en una buena pastoral vocacional. Todo lo contrario. Cuando un grupo humano no se preocupa de perpetuarse, cuando no le interesa ser fecundo y tener hijos, es que ha elegido la muerte como futuro.

La pastoral vocacional es contenido de toda pastoral en la Iglesia; debe estar presente en toda acción cristiana, ya que la vocación constituye el corazón de la vida cristiana. Toda vocación eclesial y especialmente toda vocación consagrada es, por identidad, agente de pastoral vocacional, y toda evangelización, si es auténtica, es también vocacional.

La comunidad cristiana (colegio, parroquia, casa de formación...) requiere cambiar su cultura vocacional. Generalmente, siente la vocación como un don excepcional que Dios concede a algunos y no se siente mayormente comprometida con el cultivo de las vocaciones, asignando esa función a los encargados de vocaciones. Sin embargo, toda pastoral vocacional debe nacer de la convicción que cada creyente posee de haber recibido una vocación en la Iglesia, y de saber que la fe sólo la puede vivir como respuesta a ese llamamiento gozoso que Dios le ha dirigido. Dios nos ha llamado a cada uno por nuestro nombre. Todo el trabajo vocacional que se haga será teórico si cada bautizado, aún más cada religioso no descubre y vive esa llamada.

La Iglesia, todos sus hijos, llamamos porque nosotros mismos nos sentimos llamados a completarla, a perfeccionarla, a ampliarla, a hacer lo posible para que cada día sea más la Iglesia de Jesucristo.

En este contexto, la labor del encargado de vocaciones debería tender a hacerse cada vez menos necesaria porque todos, desde donde estamos, asumimos esa labor. Hemos encontrado un tesoro, una realidad única, grande, maravillosa, que llena de sentido nuestra vida y nos hace felices. Y entonces, necesariamente, compartimos, transmitimos y comunicamos nuestro entusiasmo. Somos luz que alumbra y sal que da sabor.